

Título: Una carta diferente

Pseudónimo: Mariano

Queridos Melchor, Gaspar y Baltasar:

Esta es una carta muy diferente a las que soléis recibir estos días. Tras largos meses de espera, he decidido que el momento idóneo era este. Como no hablamos el mismo idioma, me generaba dudas el modo de decíroslo, pero al final he pensado que, aunque seguro que tenéis el buzón saturado estos días, la vía epistolar era el conducto reglamentario. No os creáis que ha sido tarea sencilla, pues como tampoco se escribir he tenido que recurrir a un intérprete y a un escritor para poder redactar con sentido estas palabras.

Llevo 21 siglos trabajando con vosotros. Desde aquel primer apasionante viaje a Belén para presenciar el nacimiento del Niño-Dios hasta este último año pasado, en el que la pandemia no fue un impedimento para que lleváramos regalos a niños de todo el mundo. Han sido años de muchísimas aventuras, en las que los nervios y la tensión por llegar a tiempo se veían compensados por la satisfacción de repartir alegría a personas de todo el mundo.

Después de darle muchas vueltas y hablarlo con algunos compañeros, he decidido que este será mi último año acompañándoos en vuestro mágico viaje. No ha sido una decisión fácil, pero ya soy muy anciano y no puedo servir a sus majestades como merecen ser servidas. Os lo digo desde el más profundo agradecimiento pues, a pesar de las largas jornadas de trabajo, se me hace muy difícil imaginar una vida mejor que la que he pasado a vuestro lado.

Al escribir estas palabras son muchas las anécdotas que se me vienen a la cabeza. Recuerdo como si fuera ayer cuando en 1879 le regalamos a Thomas Edison unas piezas que le ayudarían a inventar la luz unos meses más tarde o cuando en las frías navidades de 1605 le dejamos a Miguel de Cervantes debajo del árbol la pluma con la que escribiría *El Quijote de la Mancha*. Hemos sido testigos de los momentos más crudos de la historia, intentando ser una luz de esperanza en medio de las situaciones más oscuras.

En este sentido, recuerdo que me conmocionó especialmente cuando en plena Revolución Francesa tuvimos que disfrazarnos de paisanos para pasar desapercibidos entre las revueltas nocturnas; o aquella vez en la que, durante la I Guerra Mundial, tuvimos que ir a las trincheras para entregar regalos a los soldados de los dos bandos; o cuando presenciamos con nuestros propios ojos las consecuencias de la caída del Imperio Romano.

Tampoco se me olvidan los momentos divertidos, como cuando nos quedamos encerrados en un ascensor en Brooklyn o como cuando el año pasado en una casa de una pequeña aldea de Finlandia un perro guardián mordió la pierna a Gaspar y tuvimos que salir corriendo... Que, por cierto, espero que ya esté recuperado.

Consciente de ser un privilegiado, guardo todos estos momentos en mi corazón como verdaderos tesoros. Cuando dejábamos los regalos en las casas de los niños se me pasaban por la cabeza todas las bonitas historias que estábamos ayudando a construir y pensaba que contribuir al reparto de tanta felicidad era el mejor regalo que alguien podía recibir. Os mentiría si os dijera que no echaré de menos el oficio, así como toda la comida que nos dejaban las familias a modo de refrigerio. Mientras vosotros os ponías las botas con el roscón, yo arrasaba con mi gran debilidad: las zanahorias... ¡Qué buenas estaban!

Como consuelo, durante los últimos años he podido comprobar que la tecnología ha avanzado a pasos agigantados y ahora existen numerosos medios de transporte como el coche, el tren o incluso el avión que seguramente son mucho más cómodos y eficaces que mi vieja joroba. Por tanto, sé que mi jubilación no será un impedimento para que podáis seguir haciendo felices a los niños de todo el planeta.

Con especial cariño y admiración se despide pidiendo vuestra bendición Amrael, el camello oficial de los Reyes Magos de Oriente.

PD: Espero que le llevéis carbón a aquel niño de Canberra que me confundió el año pasado con un dromedario.